

Juan F. Marsal (ed.), *El Intelectual latinoamericano (Un simposio sobre sociología de los intelectuales)*, Buenos Aires: Editorial del Instituto Torcuato di Tella, 1970, 253 pp.

La alianza entre la *intelligentzia* y el poder fue ejemplarmente expresada por la frase de un filósofo medieval al príncipe que lo protegía: "Yo te defenderé con la pluma; tú me defenderás con la espada". Tal ha sido una de las imágenes de los intelectuales que perdura hasta nuestros días y es rechazada por las revoluciones culturales y las protestas en las universidades de quienes no quieren ser educados para convertirse en un instrumento especializado al servicio del *establishment*, en "nuevos mandarines" —según la expresión de Noam Chomsky— que emplean sus conocimientos para aumentar la eficiencia de guerras como la de Vietnam y para manipular más adecuadamente al pueblo explotado. Existen, además, otras imágenes del intelectual. Una de ellas, la más encomiástica, ha sido en gran parte elaborada y difundida por los mismos intelectuales: la del hombre de ciencia, objetivo e independiente, capaz de emanciparse de los valores culturales de clase y nación. Otra es la del intelectual como revolucionario por definición esencial: el hombre que, por sus conocimientos, se convierte necesariamente en crítico de la sociedad circundante, en elemento subversivo y anómalo. Otra, en fin, especialmente aplicada a los hombres de letras latinoamericanos, es la del "arielista" —por el célebre libro de Rodó—: el ser contemplativo, desligado del tiempo y del espacio y, por tanto, ajeno a las inquietudes sociales y tácito cómplice del *statu quo*.

El defecto de todas estas imágenes pretendidamente universales reside en su abstracción del contexto social e histórico que alberga a quienes se trata de definir. Los intelectuales, como individuos profesionalmente dedicados a la creación, manipulación y difusión de símbolos culturales que interpretan o evalúan la realidad, son, indudablemente, una categoría social distinguible. Pero no

son separables de los procesos sociales e históricos en que participan, y están así determinados por ellos. Según lo han demostrado, entre otros, Gordon Childe y Gideou Sjoberg, los intelectuales nacen por primera vez con la ciudad preindustrial, cuando el excedente de producción, la población densa y organizada y el control social, económico y político centralizado permiten que algunos miembros de la sociedad se dediquen de tiempo completo a actividades no directamente relacionadas con la producción de alimentos. Al depender su supervivencia, en ese momento histórico, de quien controla monóticamente el acceso a la producción, el intelectual tiende a convertirse en servidor incondicional del orden establecido. Pero al evolucionar, por líneas diferentes, las sociedades urbanas, al complejizarse la tecnología y diversificarse el poder, la *intelligentzia* se especializa y empieza a depender, en su conducta y actitudes, de diferentes factores de la estructura social. Las sociedades modernas, industrializadas o en vías de industrialización, con una complejidad estructural cada vez mayor, tienen que incubar tipos de intelectuales muy distintos a los que florecieron a la sombra de las pirámides de Egipto, de los pórticos grecorromanos, de los monasterios medievales o en los salones renacentistas, y así ha sido demostrado acerca de los especímenes europeos y norteamericanos por autores como Weber, Wright Mills, Mannheim, Aron, Coser, Shils... En cambio, se sabe aún muy poco sobre cómo es, en realidad, el intelectual contemporáneo en América Latina.

El libro que reseñamos, editado por el sociólogo argentino Juan F. Marsal, hace una llamada de atención sobre la escasez de estudios empíricos acerca del tema. Está formado en su mayor parte por trabajos presentados en el Simposio sobre Sociología de los intelectuales, celebrado en Buenos Aires en julio de 1967, cuyo fin fue recopilar y criticar los conceptos teóricos y conclusiones empíricas al respecto, así como señalar el camino a futuras investigaciones. La crí-

tica a los conceptos teóricos está contenida principalmente en los ensayos de Gloria Cucullu, Hernán Godoy Urzúa y Juan F. Marsal, quienes atacan el estereotipo difundido por los sociólogos norteamericanos (Stokes, Silvert, Bonilla) del “pensador arielista” de América Latina: nacido y alimentado de los valores de la burguesía, tradicionalista, aristocratizante, defensor de un humanismo antitécnico, y enemigo del desarrollo y del cambio. Gloria Cucullu, por otra parte, apunta una posible explicación de la renuncia de los sociólogos latinoamericanos a estudiar el tema de los intelectuales de sus países: siendo la sociología una ciencia “nueva”, los que la profesan buscan, para afirmar su estatus, distinguirse de sus congéneres de otras disciplinas y evitan cualquier asociación con ellos, así sea la demostración de curiosidad científica por su comportamiento y roles.

El libro consta de una *introducción*, de Marsal, que expone el propósito y temas generales del Simposio y del libro; una *primera parte*, sobre la ideología de los intelectuales latinoamericanos; una *segunda parte*, sobre problemas especiales de los mismos, y un *apéndice*, de Lewis Coser, sobre roles de intelectuales en otros países, que proporciona un punto de comparación.

En la primera parte, Glaucio Ary Dillon Soares aborda el difícil problema del origen de las ideologías —superestructuras— a partir de los determinantes infraestructurales de un grupo. Se declara partidario de la teoría marxista al respecto, pero critica el simplismo de algunos de sus exponentes, arguyendo que los procesos de socialización pueden causar el que valores no directamente relacionados con la posición de los individuos respecto a los factores de producción sean aceptados. Así, muchos universitarios latinoamericanos, en su inmensa mayoría de origen burgués, proclaman y defienden valores en pugna con los intereses de la clase burguesa, debido a la complejidad, contradictoriedad y relativo aislamiento de la socialización estudiantil. César Graña,

en el siguiente ensayo, “La Identidad cultural como Invento intelectual”, fustiga la tendencia de ciertos escritores latinoamericanos (de José Martí y Eduardo Mallea a José Vasconcelos y Octavio Paz) a hacer depender lo que sucede o debería suceder en nuestros países de las características míticas de una “raza cósmica” o de un estereotipo cultural que pervade misteriosamente todas las actividades del individuo y la sociedad. Graña afirma que “la ontología cultural ha sido en Hispanoamérica la metafísica de la frustración”: el colonialismo y nuestros vanos intentos de independencia nos han hecho refugiarnos en abstracciones, para evitar el análisis necesariamente doloroso de nuestras culturas nacionales. El ensayo de Graña confirma en cierto modo la hipótesis de “arielismo” (aunque sería muy injusto acusar de ello por ejemplo a José Martí). Contra esta hipótesis se lanza Gloria Cucullu, quien a partir de una encuesta realizada entre novelistas argentinos concluye que sus actitudes y características individuales difieren significativamente del estereotipo del pensador arielista. Hernán Godoy Urzúa, en una revisión analítica de los “escritos de interés social” publicados por autores chilenos entre 1910 y 1960, concluye lo mismo respecto a la gran mayoría de esos escritores chilenos. Juan F. Marsal, en el ensayo subsiguiente apoya la afirmación de Gloria Cucullu de que es necesario distinguir, con base en investigaciones empíricas, entre diversos tipos y nacionalidades de intelectuales, más que producir generalizaciones. Marsal afirma que existen diferencias significativas entre intelectuales mexicanos y argentinos en materia de actitudes religiosas y políticas, origen socioeconómico, posición socioeconómica actual y grado de participación política: los mexicanos son menos religiosos, se proclaman más de izquierda, tienen posición y origen más acomodado y han ocupado más puestos públicos que los argentinos. Pero ni unos ni otros son clasificables en su mayoría como “arielistas”, ni tampoco son indepen-

dientes de los valores sociales de su medio. Marsal señala la necesidad de una teoría coherente de "intelectualización política" que permita crear un modelo diferencial de investigación sobre las condiciones de participación o abstención de los intelectuales en la vida pública y determinar la naturaleza de esa participación, la cual, según él, puede adoptar formas diferentes: a) creación de conciencia al servicio de una clase (ascendente o dominante), b) justificación explícita del orden establecido, c) continuidad ideológica para mantener los valores de un cambio ya ocurrido (por ejemplo, mantenimiento de la ideología revolucionaria), y d) ocultamiento de las realidades sociales mediante una "cortina de humo" de ideas. Carlos M. Rama cierra la primera parte del libro y subraya —sin analizar factores causales— la importancia creciente de los intelectuales en procesos revolucionarios del Tercer Mundo.

En la segunda parte, un trabajo de Marta Stermenson y Germán Kratochwil examina las relaciones de un grupo de artistas bonaerenses de vanguardia, no establecidos, con sus difusores y el público; establece las dificultades que tienen para llevar adelante un movimiento aún no aceptado comercialmente por el público, y trata de describir algunas de sus características ideológicas. A continuación, Enrique Oteiza, a partir de un análisis de la emigración de personal altamente calificado argentino, plantea uno de los problemas de círculo vicioso que enfrentan los países en vías de desarrollo: la "fuga de cerebros" obedece a la falta de oportunidades ocupacionales bien remuneradas para profesionales —especialmente personal técnico de alto nivel—; a la vez, para crear tales oportunidades se requiere la ayuda y el esfuerzo de quienes emigran a los países desarrollados. Tal círculo vicioso puede romperse sólo con la colaboración de los países de origen y de destino, aunque la solución cabal del problema exigiría la

desaparición de desigualdades entre unos y otros países.

El apéndice de Lewis Coser describe la diferencia entre los roles de los intelectuales de Estados Unidos, Francia, e Inglaterra. Señala que mientras los intelectuales norteamericanos carecen de una polarización geográfica y de una vinculación sólida entre ellos y con las élites "no intelectuales" de su país, los británicos y los franceses forman parte de un *establishment* que incluye miembros de la élite política y económica y está centralizado en París, Londres y Oxbridge; además de estar unidos entre ellos por una red cerrada de contactos y amistades personales. Afirma Coser que esa insularidad de los intelectuales norteamericanos les permite tener un mayor grado de inconformismo y crítica que sus colegas de los otros países.

El libro tiene muchas fallas, teóricas y metodológicas, reconocidas por los mismos autores. A excepción del ensayo de Dillon Soares (y del de Oteiza, que no es de carácter sociológico, sino económico), ninguno de los trabajos presenta un marco teórico de referencia consistente que permita identificar y analizar los procesos causales de las características descritas. Las muestras utilizadas en la recopilación de datos empíricos son de representatividad muy dudosa, y los cuestionarios aplicados son, como suelen ser los instrumentos que intentan medir actitudes, sumamente simplistas (especialmente el utilizado por Dillon Soares). Sin embargo, ninguno de los ensayistas pretendía ir más allá de una exploración preliminar, que hiciera ver la necesidad de criticar conceptos, elaborar nuevas teorías y realizar investigaciones empíricas sobre el tema. En ese sentido, el intelectual latinoamericano viene a llenar un importante vacío en la literatura sociológica y abre el camino a futuras aportaciones, que esperamos sean más elaboradas e iluminativas.

Guillermo de la Peña
Centro de Estudios Educativos